

## Quinto Domingo después de la Epifanía

Colosenses 3:12-17

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros. Enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría. Cantad con gracia en vuestros corazones al Señor, con salmos, himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.

### EL GLORIOSO ADORNO DE LOS CRISTIANOS

1. Esta, también, es una Epístola de exhortación, que enseña qué clase de fruto la fe debe producir. Por eso Pablo trata en forma amable a los colosenses. No les manda, obliga ni amenaza, como hacen y tienen que hacer los maestros de la ley en el caso de los que están bajo la ley. Más bien los atrae y persuade con palabras dulces acerca de la bondad y la gracia de Dios y el ejemplo de Cristo. Los cristianos deben hacer todo lo que hacen voluntaria y animadamente, no por temor del castigo ni por el deseo de premio, como hemos escuchado con frecuencia. Porque esta doctrina se ha repetido tan frecuentemente en las Epístolas anteriores, que espero que la gente ya sepa lo que es un cristiano, haremos esto breve y lo recorreremos rápidamente.

*“Vestíos, pues”.*

2. Lo que es el “vestirse” se nos dice en la Epístola para el Año Nuevo, a saber, que nos vestimos de Cristo, y él se viste de nosotros, por fe; y nosotros nos vestimos de nuestro prójimo, y nuestro prójimo se viste de nosotros, en amor. Así, la vestimenta cristiana es de dos clases, la fe y el amor, así como Cristo llevó dos clases de vestimenta, una sin división que significa la fe, la otra dividida, que significa el amor.

San Pablo aquí habla de la segunda vestimenta, el amor, y nos muestra a los que somos cristianos qué clase de adornos y vestimenta debemos llevar en el mundo; no de seda ni oro precioso, como San Pedro y San Pablo mandaron a las mujeres (1 Ped 3:3; 1 Tim 2:9). El amor por nuestro prójimo es la buena vestimenta para nosotros, cuando nos preocupamos por él y sus desgracias. Este es el adorno cristiano ante la gente.

3. Mira cuán alta y tiernamente nos exhorta, como es su costumbre, no presionando ni forzando con mandamientos y leyes, sino atrayendo y provocándonos recordándonos la gracia indecible de Dios. Lo hace llamándonos los “escogidos de Dios”, “santos” y “amados”, para que pueda hacer brotar de nosotros los frutos del amor que se hacen libre, alegre y animadamente por fe. Todo el que cree y confía sinceramente desde el corazón que ante Dios es amado, santo y escogido, pensará no solo en cómo puede

conformarse a estos honores y nombres y cómo conducirse dignamente, sino además se inflamará con pasión por Dios de modo que gustosamente quiere hacer, no hacer y sufrir todo, y no sabe cómo hacer lo suficiente. Pero todo el que no cree eso o lo duda no será conmovido por estas palabras y no siente las llamas y el fuego que estas palabras, que somos santos, amados y escogidos por Dios, tienen en ellas.

4. Dejemos de lado, entonces, los santos que escogen y aman a sí mismos; que se adornan con las obras de la ley; que observan ayunos y disciplina; que observan la ropa y la posición, porque no quieren ser pecadores ante Dios. Tenemos otro adorno que no se ocupa con tales trampas, sino es serio y recto, que hace bien y beneficia al prójimo, libremente y sin ser atados por leyes acerca de comida, ropa, tiempos, etc. Por tanto, somos santos ante Dios, ante quien nadie es santo a menos que sea un pecador y abandone su propia santidad. Pero los santos que escogen a sí mismos son santos ante ellos mismos, por tanto, siempre quedan impíos y pecadores ante Dios.

Así también somos amados de Dios porque odiamos, juzgamos y condenamos a nosotros mismos y abandonamos nuestro amor propio; pero los otros aman y estiman a ellos mismos, y por eso son despreciables e inaceptables a la vista de Dios. Otra vez, somos escogidos de Dios porque rechazamos y despreciamos como inmundicia a nosotros mismos. A los tales escoge Dios, y los ha escogido desde la eternidad. Pero, porque ellos escogen a ellos mismos, tienen que ser rechazados por Dios, como también los ha rechazado desde la eternidad. Esto es lo que Pablo quiere decir con estas palabras:

*“de entrañable misericordia”*. “corazones compasionados” (traducción de Lutero)

5. Esta es una parte de este adorno y una hermosa y encantadora joya cristiana, que es mejor a la vista de Dios que las perlas, piedras preciosas, seda y oro a los ojos del mundo, y que también muestra la verdadera naturaleza de los cristianos. Las palabras significan: “No solo deben ser misericordiosos en las obras externas o la apariencia, sino también desde el fondo del corazón, así como padre y madre se conmueven desde el fondo de su corazón si ven u oyen que su hijo, por quien arriesgarían y perderían cuerpo y vida y todo lo que tienen, tiene necesidad. Así nuestro espíritu y corazón siempre debe desbordarse en obras de misericordia, y ni siquiera ver ni notarlas por nuestra gran pasión de ser misericordiosos y hacer bien.

6. Con estas palabras San Pablo condena la vida y regla de los santos hipócritas, cuya forma de vivir es que no pueden asociarse con pecadores y los débiles. Todo tiene que suceder en conformidad con la severidad de sus leyes, en donde no hay nada sino forzar y obligar; no hay misericordia, sino solo reprensión, regañar, juzgar, culpar y enfurecerse. No pueden tolerar nada malo.

Pero entre los cristianos hay muchos pecadores y débiles; de hecho, solo se asocian con ellos y no con los santos. Por eso no rechazan a ninguno, sino soportan a todos; toman un sincero interés en ellos como si fueran ellos mismos en tales debilidades, oran por ellos, enseñan, amonestan, motivan y hacen todo lo que pueden para ayudarlos. Eso es

comportamiento realmente cristiano; es lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo, y todavía hace.

Así Cristo trató con la adúltera (Juan 8:11) cuando la libró de los que la atacaban y con sus palabras misericordiosas la guió al arrepentimiento y la permitió salirse. Leemos de San Antonio que dijo que Pafnucio sabía cómo las almas deben ser salvas, porque rescató a cierta persona de hermanos que lo perseguían y oprimían por su transgresión. Vea "*Vidas de los padres*".

Si Dios tratara con nosotros conforme al rigor de sus leyes, todos nos perderíamos. Pero más bien trata con nosotros en una forma amorosa y ha puesto fin a su ley, como dice: "Porque tú quebraste su pesado yugo, la vara de su hombro y el cetro de su opresor" (Isaías 9:4); solo nos atrae y persuade.

7. Así, nota cuán profundamente están atascados en la ley y la hipocresía los que ahora piensan que son tan grandes cristianos, y sin embargo son tan intolerantes e descorazonados hacia las debilidades de los cristianos. Si no ven una perfecta santidad, y especialmente milagros en los que ahora poseen a Cristo y conocen el evangelio, entonces nada es como debe ser; los cielos están al punto de caer y la tierra de ser destruido. Entonces solo pueden censurar, juzgar y burlarse: "¡Ah sí, él es muy evangélico; en verdad, ¡es un fanático!" Así solo indican cuán ciegos son, que todavía no saben nada de Cristo, y que siempre tienen la viga en su propio ojo.

Sepas, entonces, cuando ves a alguien tan listo para censurar y condenar y quiere tener absoluta perfección en los cristianos, sepas que tal persona es solo uno que maneja la ley, un hipócrita, un carcelero y no sabe nada correcto acerca de Cristo. Así como ya no hay ninguna ley entre los cristianos, sino solo amor, así tampoco puede haber condenación, juicio ni censura. En resumen, en la cosa por la cual condena a otro, condena a sí mismo. Así como él es sin misericordia y solo tiene la ley ante sus ojos, así no encuentra misericordia ante Dios; de hecho, nunca ha sentido ni gustado lo que es la misericordia de Dios. Por eso, Dios y el prójimo tienen el mismo sabor para él, como hiel y ajeno.

8. Pero tal misericordia sincera se debe mostrar solo a los cristianos y entre cristianos. Con los que rechazan y persiguen el evangelio tenemos que tratarlos de otra manera. Aquí es un error si mi amor es misericordioso y soporta y tolera la falsa doctrina. Todo lo que concierne la fe y la doctrina no tiene lugar para el amor o la paciencia. Debo seriamente resistirlos, y no ceder lo ancho de un cabello. Aparte de eso, cuando la gente deja que siga la fe y la confiesa, aunque sean débiles en la vida, siempre debo ser cariñoso y misericordioso, y no reprender, forzar ni hostigar a nadie, sino atraer, pedir, implorar, soportar y aguantarlo. Una vida débil no arruina el cristianismo, sino la entrena. La doctrina débil y una fe falsa arruina todo; por tanto, aquí están fuera de lugar la tolerancia y la misericordia, más bien debe haber solo ira y disputa y matar, sin embargo solo con la palabra de Dios.

9. Por otro lado, los a quienes la gente tolera misericordiosamente desde el corazón no deben pensar que están en lo correcto porque la gente no les critica ni molesta. Tampoco deben aprovechar eso como una razón de ser flojos y ociosos y quedarse en su debilidad. La misericordia no se les extiende con tal intención, sino para que así se calienten y se hagan fuertes. Pero si quieren permanecer en su debilidad, déjalos, porque no se quedarán así por mucho tiempo. El diablo los llevará más lejos, hasta que finalmente se caigan completamente y hasta se conviertan en enemigos del evangelio, porque dejaron que la misericordia que se usó con ellos se pierda. Por tanto, aquí no es el lugar para hacerse ocioso ni dormirse, ni confiar que otros no los obligarán ni los despreciarán, sino de ser tanto más fuertes y valientes, porque el diablo no duerme ni descansa, no sea que nos lleve al punto en que ya no podamos aprovechar la misericordia.

*“de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia”.*

10. Esta es la segunda parte del adorno cristiano. La bondad lo encontrarás definida en la Epístola para la Navidad, a saber, la naturaleza deleitosa de una persona que es bondadosa con todos y que no aleja a nadie con una mirada agria, palabras duras ni una apariencia feroz, como dice la gente en alemán: “Es tan bondadoso, puede mostrar bondad y ayuda a todos”. Por eso, esta virtud afecta no solo una obra sino también toda su vida, de modo que actúa en forma deleitosa hacia todos, se agrada de todos, y quiere a todos.

Por otro lado, están las cabezas quejumbrosas que no se agradan con nada excepto sus propias declaraciones; piensan que todo el mundo debe conformarse y adaptarse a ellos y sus asuntos, pero ellos no se conformarán con nadie. Estos se llaman personas apáticas.

11. Esta bondad no se debe emplear en la doctrina, sino solo en relación con las obras o la vida. Frecuentemente se ha dicho que no hay lugar en la doctrina para el amor con todas sus obras y frutos. Puedo y debo amar y ser bondadoso con mi prójimo, sin importar cómo sea su vida. Pero cuando no enseña ni cree correctamente, entonces no puedo y no debo amarlo ni ser bondadoso con él, sino, como dice San Pablo, considerarlo como excomulgado y maldito, aunque fuera “un ángel del cielo” (Gál 1:8-9).

Así las dos cosas, la fe y el amor, son maravillosamente separadas y divididas. El amor será, y tiene que ser, bondadoso aun con el peor enemigo, con que no ataque la doctrina y la fe. La fe no tolerará, no puede tolerar siquiera al padre, la madre o el mejor amigo si ataca la doctrina y la fe (Deuteronomio 13:6-8). Por eso el amor con su actividad se debe dirigir no a la doctrina y fe de su prójimo, sino a su vida y obras. La fe, por otro lado, se dirige no a sus obras y vida, sino a su doctrina y fe.

12. Creo que ya debe ser bien conocido lo que es la “humildad”, a saber, que cada uno se considera el menor y considera a otros más altos que él mismo, y, como dice Cristo, se sienta en el lugar más bajo en la boda. Esto se debe hacer desde el fondo del corazón,

aun hacia los que no lo merecen o que son enemigos, como Cristo se humilló ante Judas el traidor, y ante todos nosotros, y no vino para ser servido, sino para servir. No debe sorprender que esa virtud no sea común, porque cada gracia cristiana es poco común, especialmente entre los que quieren saber más de quién es Cristo, y sin embargo saben cómo criticar a todos los cristianos. Es un misterio de Dios, como dice San Pablo, y eso continúa.

13. La “mansedumbre” se opone al enojo, lo cual significa que no debemos dejarnos enojarnos, maldecir, abofetear, odiar ni hacer ni desear nada malo para nadie, ni siquiera a un enemigo; ese es un arte. Aun los hipócritas y todo el mundo pueden ser mansos con amigos y los que les hacen bien. Pero la verdadera mansedumbre y humildad quedarán solo entre los santos elegidos y queridos de Dios, como Pablo dice aquí. Además, entre ellos hay muchos que se han hecho débiles en todos o algunos de estos puntos, de modo que los hipócritas pueden tener algo para criticar y pueden ofenderse con los queridos santos elegidos de Dios, y para que los verdaderos santos tengan algo en que ejercer su misericordia, humildad, mansedumbre y paciencia. Aquellos a quienes Pablo llama aquí “escogidos” y “queridos santos” no son impíos, réprobos ni odiados porque les falta algo en la humildad, mansedumbre y misericordia, etc.

14. Pablo en algunos lugares distingue entre la longanimidad y la paciencia, como en Romanos 2:4: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad?” (RVR1960). Eso se toma del idioma hebreo, en donde a Dios se alaba en varios lugares en los Salmos y en otras partes como *erek apayim*, “lento para la ira”. Es decir, no solo es paciente y soporta el mal sino también una y otra vez dilata la venganza, y actúa como si preferiría perdonar más bien que reprender aunque es provocado y tiene el derecho a hacerlo. Así la longanimidad se extiende algo más lejos que la paciencia, a saber, la paciencia es cuando uno soporta el mal y la injusticia, pero la longanimidad es cuando uno espera y no piensa en reprender ni vengarse ahora ni desea mal para nadie como venganza. Encontramos que hay los que toleran mucho y son pacientes, pero todavía tienen presente que en su tiempo habrá venganza. La longanimidad también desea que no hubiera venganza, sino más bien que los pecadores fueran mejorados.

*“Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”.*

15. Aquí todos los derechos entre los cristianos se abolen. No se permite que nadie exija con justicia que se le devuelvan sus cosas; más bien, debe perdonar y ceder. Esto se promueve con el ejemplo de Cristo, así como él nos ha perdonado. Pero ¿cómo nos perdonó? Perdona no solo los pecados que hemos cometido y están en el pasado, sino también, como dice San Juan: “Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 2:1-2).

16. Nota que aquí está describiendo a los verdaderos cristianos y santos, y sin embargo los considera tan débiles que uno hace daño a otro y “alguno tiene queja contra otro”. No debe ser así entre los cristianos y santos. Pero eso es lo que dije: El reino de Cristo

es tal *mysterium*, un misterio, que nunca podemos enseñar ni predicar lo suficiente. Los que no creen nunca pueden ser alejados de las obras, mientras los que creen nunca pueden ser llevados a las obras. Los primeros no quieren la fe, los últimos no quieren el amor.

Así sucede en el reino de Cristo que sus cristianos no son completamente santos, pero están comenzando y creciendo. Por eso siempre encontramos entre ellos el enojo, los malos deseos y amores, la preocupación y otras debilidades que quedan del viaje Adán. San Pablo llama eso las cargas del prójimo, que uno debe cargar por él (Gál 6:2), y la debilidad que nosotros debemos asumir (Romanos 15:1), así como Cristo soportó mucho de eso en sus apóstoles y todavía lo soporta en su propio pueblo.

17. Algunos podrían venir y enumerar los frutos del Espíritu, que el cristiano debe ser gentil, manso, paciente y casto (Gálatas 5:22-23), y piensan que estos son mandatos y leyes. Luego no creerían que haya cristianos en donde no hay tales frutos sin ninguna debilidad. No pueden creer que Cristo está en donde realmente está, sino deben juzgar con malicia y quejar que no hay cristianos en ninguna parte. Se ofenden de Cristo por su gran sabiduría, puesto que se jactan con la Escritura que pueden reconocer a los cristianos por sus frutos, como Cristo también dice que podemos reconocer el árbol por sus frutos. Allí toman su posición.

18. ¿Puedes adivinar cuál es su error? Su error es que no entienden nada en absoluto del reino de Cristo, porque entienden las palabras habladas acerca de los cristianos de esta forma: Los cristianos deben ser buenos y gentiles; es decir, nunca deben enojarse, deben soportar todo, no deben ser impacientes con nadie, ni con una sola persona. Si eso no es el caso, entonces no son cristianos, porque no tienen los frutos. Querido amigo, ¿quién les forzó a entenderlo así sino su propia ceguera? Se imaginan que el cristianismo se compone solo de santos, totalmente sin debilidades, como será en el cielo entre los ángeles. Pero dime, ¿en dónde hablan las Escrituras así de los cristianos?

Todo el que reconoce que el cristianismo es un estado que comienza y crece no se ofende cuando un cristiano a veces no es generoso, amigable y paciente con algunos, porque sabe que a los cristianos se les dice llevar las cargas de los demás y soportar las fallas de los débiles. Sabe que los frutos del Espíritu no se dan como una ley, de modo que si las cosas no suceden así, se niega a Cristo, sino se deben entender de esta manera: que los cristianos deben ser bondadosos. Esa es la meta y norma a que apuntan. Sin embargo, es cierto entre ellos que aunque comienzan y crecen en ser bondadosos, muchas veces hacen lo que no es bondadoso y aun es contrario a los frutos del Espíritu. Dice: “Debemos ser benignos”, pero todavía no dice: “Somos bondadosos”. Más bien, dice que nos estamos haciendo benignos, estamos en el proceso de llegar a ser bondadosos; pero en ese proceso todavía hay mucho de la naturaleza viaja desde la cual la nueva se está desarrollando.

19. Sepas, entonces, que Cristo es maravilloso en sus santos, y ten cuidado de juzgar o condenar a nadie, a menos que veas y oigas públicamente que habla y cree contrario al evangelio. Todo el que habla o actúa contra el evangelio, puedes libremente juzgar que

es aparte de Cristo, bajo el diablo; orar por él y amonestarle para que lo conviertas. De otro modo, si encuentras que alaba y honra el evangelio, entonces actúa conforme a la doctrina de San Pablo: “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme” (Rom 14:4). Y otra vez: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor 10:12). Cristo quiere al mismo tiempo ser escondido y revelado, hallado y no hallado. Por eso, entre los frutos del Espíritu en los cuales podemos conocerlo y mejorar en él, permite que haya algunas debilidades con las cuales él se esconde y por las cuales los jueces maliciosos se ofenden.

*“Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”.*

20. Separa el amor de la paciencia, mansedumbre y las otras joyas del adorno espiritual de que acabamos de oír, aunque todos ellos suceden en amor. Así como la fe es el punto más importante de la vida cristiana, el amor es uno de los frutos del Espíritu y una de las joyas del adorno, de hecho, la mejor. Por tanto, también dice aquí: “Sobre todo, vestíos de amor”, es decir, el amor es más que la misericordia, la bondad, la mansedumbre y la paciencia.

Pablo lo llama “el vínculo perfecto”, porque une los corazones; no por pedazos ni por un asunto y una parte solamente, sino es una unidad completa en cuanto a todos los asuntos y en todos los asuntos. El amor nos hace todos de una mente, un corazón, un agrado. No permite a nadie originar una orden peculiar de doctrina o de fe, sino guarda todo en unidad e igualdad. En consecuencia, pone el mismo corazón en los pobres y los ricos, los poderosos y los súbditos, los enfermos y los saludables, los altos y los bajos, los honrados y los despreciados, y deja que el bien sea común para todos. Por otro lado, toma interés en la dificultad de cada uno como si fuera la suya propia, de modo que en todas partes hay una plena y completa unidad y comunidad en todas las cosas, entre buenos o malos. Eso realmente es un vínculo perfecto.

21. En donde falta el amor, los corazones también son unidos y de una mente solo en pocos puntos, pero en la mayoría de las cosas están en desacuerdo. Los ladrones también tienen un vínculo, pero no les une más que en tener un propósito común de cometer robo y asesinato. Los amigos mundanos tienen la misma mente en cuanto concierne sus propios intereses. Los monjes están unidos en cuanto a su orden y su honor. Herodes y Pilato también son unidos, pero solo acerca de Jesucristo. Aparte de eso, ningún monje, sacerdote o laico está de acuerdo con otro. Por tanto, su vínculo es un vínculo flojo y los une de la misma forma que se ata la hojarasca con hilo de paja.

*“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados”.*

22. Hay muchas cosas que quieren romper este vínculo, porque el diablo no duerme, y siempre está fomentando la discordia y la disensión, de modo que San Pablo no niega que el vínculo del amor es atacado. Pero nos exhorta a resistir, recordando que el amor tiene que ser atacado para que se ejercite. Por eso dice: “La paz de Cristo reinará y tendrá la supremacía en nuestro corazón”, como si dijera: “Si la paz de la carne y del

mundo no quedará, y se tiene que ver y escuchar externamente que esta se convierte en impureza y disensión, bien, entonces, dejen que sus corazones tengan paz en Dios”.

Oímos antes acerca de la paz de Dios en la Epístola para el Cuarto Domingo de Adviento sobre Filipenses 4. Esta es la paz a que fuimos llamados por el evangelio; no la paz del mundo, de la carne ni del diablo. Más bien, San Pablo dice que esta paz vuela sobre todos los pensamientos y queda firme, no solo en tiempo de paz sino también cuando el pecado, la muerte, el diablo, la carne, el mundo y toda desgracia rugen.

*“Y sed agradecidos”.*

23. Este agradecimiento se puede entender de dos maneras. Primero, la gratitud hacia Dios, de modo que San Pablo querría decir: Sean motivados por todo lo que Dios ha hecho por ustedes, y agradézcanle su gracia y misericordia, y otra vez denle gracias porque les ama y tienen paz. Segundo, la gratitud a los hombres, de modo que cada uno reconocería el amor y los beneficios que ha recibido de otros. También dice que entre los otros vicios al fin del mundo habrá este, que la gente no tendrá gratitud unos hacia otros (2 Timoteo 3:2). Que cada uno escoja para él mismo cuál de estos dos quiere. Pienso, porque después habla específicamente de la gratitud a Dios, y aquí está enseñando del amor por nuestro prójimo, que está hablando de gratitud hacia nuestros prójimos, con este significado:

Cada persona está lista para ser amado y ciertamente puede tolerarlo cuando la gente le hace bien y le trata conforme al evangelio. Pero, por otro lado, no quiere mostrar eso a nadie, y todo beneficio se pierde con su falta de gratitud. Aunque esto no vence el amor; que “soporta todas las cosas” (1 Corintios 13:7), sin embargo la falta de gratitud produce cansancio y aversión; y es una cosa especialmente vergonzosa que él siempre ayuda y nadie le ayuda a él.

24. También dice: “El que es enseñado en la palabra haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye” (Gál 6:6). Dice que los que trabajan en la palabra son “dignos de doble honor” (1 Tim 5:17). En el capítulo 9 de 1 Corintios habla extensivamente sobre cómo los maestros deben ser sostenidos, diciendo que a la boca del buey que trilla no se le debe poner bozal, pues eso sería gran falta de gratitud. Habla aquí de la misma falta de gratitud. La palabra de Dios con sus predicadores siempre tiene que luchar por pan y recibir la falta de gratitud como su premio por traer tan gran bien, como sucede ahora y siempre ha sucedido. Pero si dijera misas e indulgencias, entonces la gente podría reconocerlo y dar y expresar toda clase de gratitud por ello. Fue lo mismo con los levitas en la ley antigua, en comparación con los clérigos de los ídolos y los sacerdotes de los bosquecillos.

*“La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros. Enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría. Cantad con gracia en vuestros corazones al Señor, con salmos, himnos y cánticos espirituales”.*



25. Este versículo sigue apropiadamente a lo que dijo de la gratitud, como si dijera: Tengan cuidado de honrar a los maestros y predicadores, siendo agradecidos, para que puedan atender a la palabra y ofrecerla a ustedes abundantemente. No creo que Pablo se refiera a cómo se dio la palabra de Dios desde el cielo, porque eso no está en nuestras manos; más bien, solo Dios puede darla para que more en nosotros. Como lo ha hecho y todavía lo hace siempre que hace que se predique el evangelio, la derrama con abundancia de modo que no retiene nada que necesitamos saber. Pero después que la ha dado, debemos estar agradecidos y atentos en leer y escucharla, contemplarla, cantar y hablarla día y noche, y a procurar muchos maestros que nos la presenten abundantemente y sin cesar. Eso es lo que significa que la palabra de Dios mora entre nosotros en abundancia.

26. Pero los espíritus saciados, indolentes, pronto se cansan y despiden a sus predicadores para que vayan donde vayan. Luego los predicadores tienen que trabajar y sostenerse, de modo que la palabra de Dios no recibe atención y se hace escasa y rara. Así Nehemías (cap. 13:1) se queja de que los levitas, por falta de sustento de la gente, fueron obligados a dejar el culto y el templo y vivir de la tierra, o establecer un culto falso y fábulas para engañar a la gente, porque de esa manera no solo recibían sustento sino se hacían ricos.

Lo mismo ha sucedido en la iglesia cristiana. Cuando se hizo difícil retener a obispos y maestros piadosos (como aún San Agustín lamenta), o tenían que trabajar para sostener a sí mismos y descuidar la palabra de Dios o inventar la miseria del culto maldito que ahora sucede en el mundo entero y del cual se han convertido en grandes señores en el mundo. Ahora que ha reaparecido el evangelio, comienza a suceder y seguirá sucediendo que la gente no puede reunir cien florines para emplear a un buen maestro de escuela o predicador en donde antes daban mil, sí, dinero sin límite, para iglesias, conventos, misas, vigiliias, y cosas por el estilo. Una vez más Dios reprende su falta de gratitud o haciendo que los predicadores se retiren y sostengan a sí mismos o por enviarles un error aún más grande, que otra vez les defrauda su dinero, cuerpo y alma, porque no querían que la palabra de Dios morara entre ellos en abundancia.

27. Pablo agrega:

*“con toda sabiduría”.*

Aunque la gente tuviera tan abundantemente la palabra de Dios que resonara en cada encrucijada de las calles, y todos los niños la cantaran (como han emprendido introducir varios púlpitos y lecciones, las siete horas canónicas, y cantar y leer en las iglesias), ¿qué aprovecharía todo esto, puesto que no hay entendimiento, mente ni sabiduría allí? Sin embargo, la palabra de Dios se dio, y él quiere que se predique y cante para que sea entendida y nos dé sabiduría, con la meta de que los que la tienen deben cantar y hablar y ser sabios y entender toda ella que sirve la salvación del alma y la gloria de Dios. Eso es lo que quiere decir con “la palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros... con toda sabiduría”. Con una palabra San Pablo echa a tierra todo el engaño que la gente promueve en las iglesias y monasterios, en donde hay mucha predicación y lectura pero

el evangelio sigue sin entenderse. Previo un tiempo en que habría mucha palabra de Dios, pero faltaría entendimiento o sabiduría. Más bien, la gente diariamente se haría más loca y necia hasta que se convirtieran en grandes patanes sin nada de sabiduría, de modo que llamarían tales sonidos y rebuznos “adoración” y “la predicación de la salvación de las almas”.

28. Se ha explicado con frecuencia qué es enseñar y exhortar, excepto que aquí San Pablo hace el oficio de enseñar común para todos los cristianos cuando dice: “Enseñaos y exhortaos unos a otros”, es decir, entre ustedes, uno a otro, además de cada uno a sí mismo, aparte del oficio común de la predicación, de modo que la palabra de Dios prevalezca en todas partes, en público y en privado, general y específicamente.

29. Me parece que la distinción entre salmos, himnos y cánticos es esta: con “salmos” quiere decir propiamente los salmos de David y otros en el Libro de Salmos. Con “himnos” se refiere a los otros cánticos que están aquí y allá en las Escrituras hechos por los profetas, tales como Moisés, Débora, Salomón, Isaías, Daniel, Habacuc. Similares son el Magnificat, el Benedictus y lo semejante, que la gente llama “cánticos”. Pero con “cánticos espirituales” quiere decir las canciones que la gente canta de Dios aparte de la Escritura, que la gente puede componer en cualquier tiempo. Llama estos “espirituales” más que los salmos e himnos porque ciertamente sabía que estos ya son espirituales. Con estas canciones nos impide usar canciones mundanas, carnales e impropias; más bien, quiere que nuestros cánticos traten de cosas espirituales que pueden enseñar y amonestarnos, como dice aquí.

30. ¿Qué significa cuando dice “con gracia”? Todo el que quiere puede explicar que esto se dice de la gracia de Dios, a saber, que tales canciones deben venir sin coerción y ley, por puro deleite y amor. No debe ser como los himnos ahora que se extorsionan por mandamientos y leyes, en donde nadie predica, canta ni ora debido a la bondad o gracia de Dios sino solo por provecho, estipendios, castigo, herida y vergüenza. No debe ser como hacen los más santos de todos, que por obediencia se dejan atar y forzar al culto de adoración por el cual quieren ganar el cielo, y no para que se entienda abundantemente la palabra de Dios con toda sabiduría, como San Pablo quiere.

Pero pienso que Pablo habla de la gracia o encanto del himno y la canción, así como dice: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29). Así también aquí las canciones deben ser capaces de tener gracia y favor entre los que escuchan de modo que no haya palabras sin valor, débiles e indecentes ni otras cosas incómodas que ni saben bien ni huelen bien, que no tienen fuerza ni sabor. Debe haber canciones ricas, deleitosas y dulces que a todos les gusta escuchar. Eso es realmente lo que quiere decir “cantado en gracia” en hebreo, como dice Pablo. Esa es también la naturaleza de los salmos e himnos en la Escritura, que contienen cosas buenas y se cantan con palabras hermosas. Algunas canciones tienen palabras muy bonitas, pero son mundanas y carnales; por otro lado, algunas canciones contienen cosas buenas, pero con palabras tan torpes que no tienen ni favor ni gracia.

*“Cantad con gracia en vuestros corazones al Señor”.*

31. San Pablo no quiere decir que la boca debe guardar silencio, sino que las palabras de la boca deben venir de la creencia de todo corazón, de la seriedad y del fervor, y no de la hipocresía, como Isaías dice: “Este pueblo se acerca a mí con su boca y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí” (cap. 29:13). San Pablo quiere que todos hablen, canten y mediten sobre ella en todas partes; y sin embargo todo eso debe suceder con entendimiento y fruto espiritual, ser muy querido de todos, y ser cantado desde el fondo del corazón, para alabanza y acciones de gracias al Señor. Dice: “habite” la palabra con ustedes, no que se aloje como invitado por una noche o dos, sino que se establezca y nunca salga. Siempre se preocupa de la doctrina humana.

*“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.*

32. Las obras de los cristianos no tienen nombres, tiempos ni lugares, pero todo lo que hacen es bueno. Siempre que lo hagan, lo hacen correctamente. En dondequiera que los hagan, es bien hecho. Por eso San Pablo aquí no nombra ninguna obra y no hace ninguna distinción, sino junta todas ellas y las hace todas buenas. Comer, beber, dormir, despertar, caminar, pararse, hablar, guardar silencio, trabajar o descansar son todas cosas preciosas, porque todo sucede en el nombre del Señor Jesús, como San Pablo enseña aquí. Suceden en el nombre del Señor Jesús cuando creemos con firme fe que Cristo está en nosotros y nosotros en él, de modo que dejamos de trabajar, y él vive y obra en nosotros, como dice San Pablo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gál 2:20). Por otro lado, si hacemos algo como si tuviéramos que hacerlo, entonces sucede en nuestro propio nombre, y no hay nada bueno en él.

33. Cuando la gente dice con la boca: “¡Dios lo conceda!” o “¡en el nombre de Jesús!” , eso muchas veces es tan falso e hipócrita como cuando la gente dice: “Toda desgracia comienza en el nombre de Dios”. Los falsos maestros y las falsas doctrinas usualmente presentan lo que hacen bajo el nombre de Dios y vienen en el nombre de Cristo, como él mismo dice (Mat 24:5). Por tanto, si se hace y se dice desde el fondo del corazón y con seriedad en el nombre de Jesús, entonces el corazón debe concordar con la boca. Así como la boca dice: “¡Qué Dios lo conceda”, así el corazón también debe estar seguro y mantenerse firme en la fe de que Dios cumplirá esta obra y que lo hará en él, como también San Pedro enseña: “Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da” (1 Ped 4:11), etc. Entonces prospera y sale bien. El cristiano no debe hacer nada por su propia fuerza y opiniones, sino debe estar seguro de que Dios obra con y por medio de él, como San Pablo otra vez dice: “Así que yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire” (1 Cor 9:26).

34. De esto se concluye que debemos alabar y dar gracias a Dios, a quien solo pertenece el honor y la gloria por toda cosa buena, como San Pablo dice aquí. También San Pedro, pronto después que dijo que debemos hacer todo con la fuerza de Dios, sigue para decir: “para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo”. Pero todo el que hace algo por su propia fuerza, aunque dé gracias a Dios con sus labios, sin embargo, miente y es falso,

como el hipócrita en el Evangelio. La gratitud es el único sacrificio y deber que podemos y debemos hacer para Dios; sin embargo, no por nosotros mismos, sino por medio de nuestro Mediador, Jesús, sin el cual nadie puede llegar al Padre ni ser aceptado. De esto hemos hablado muchas veces.